

SEXO Y SOCIALIZACIÓN

Gregorio Escalante
Centro de Investigaciones Psicológicas. ULA

Hace ya cuatro décadas, Reiss (1966) se quejaba de que "ninguna otra área de las ciencias sociales tiene un pedigree tan pobre como el estudio de la relación sexual humana". Y agregaba que "los dedos de las manos y los pies eran más que suficientes" para contar el número de estudios "objetivos e imparciales" realizados sobre el tema. Los reportes Kinsey (1948, 1953), tomados como punto de partida básico en el área, enfatizan los aspectos biológicos de la relación sexual (cuánta gente practica el coito, cómo, a qué edad y con quién). El trabajo del grupo Kinsey, especialmente su segundo libro (**Sexual behavior in the human female**, publicado en 1953) constituyó una verdadera revelación frente al rígido ideal victoriano de la mujer. Sobre una muestra de 5940 mujeres, Kinsey reporta que un 62% empleaban la masturbación y que 85% de ellas se valían de la estimulación clitoral y labial, lo cual iba contra la creencia culturalmente bien fundada de que el coito era la única fuente de placer sexual.

Por supuesto que la moral social continuó manteniendo sus debates en torno a cuestiones más o menos candentes como la permisividad o la abstinencia. Pero los grandes problemas conectados a la conducta sexual global florecían de modo más bien parasitario, considerando el hecho de que casi toda la investigación previa estaba reducida a los ambientes clínicos generalmente ocupados en la explicación de distintas disfunciones sexuales. Es necesario admitir que el enfoque estadounidense sobre el tema nunca ha sido del todo un enfoque liberal, excepto por el hecho de que en los años 50 se ablandó la censura sobre libros como *El amante de Lady Chatterley*. Además, el desnudo femenino apareció más frecuentemente en revistas populares, con menor recato en la exposición de las nalgas y los senos.

Si se revisan los recuentos de los primeros "sexólogos" estadounidenses como Krafft-Ebing (1886), MacFadden (1900) y Ellis (1899-1928) puede notarse que tales trabajos fueron desarrollados en medio de una cultura resueltamente antisexual, que consideraba el coito como algo pecaminoso y físicamente riesgoso. En cierto modo, la idea de estos primeros autores era proponer a la sociedad y a sus comunidades médicas y científicas una consideración menos prejuiciada de la conducta sexual y una revisión de las actitudes negativas hacia la sexualidad. Pero la verdad es que también ellos fueron víctimas de la misma clase de prejuicios existentes... además de que generaron otros probablemente peores.

Puede decirse que a partir de los años 70 es que empiezan a producirse significativos cambios en el estudio de la conducta sexual, especialmente porque comienza a observarse un incremento de la investigación en el área además de que se ofrece información que resulta mucho más diversa y confiable. Desde entonces las revistas especializadas cubren sectores diferentes en el tratamiento de la conducta sexual, que van desde los aspectos cognitivos de la sexualidad y los nexos entre valores culturales y sexualidad, hasta lo relativo a los papeles sexuales y la conceptualización de lo femenino y lo masculino, pasando por la atracción sexual y el amor, amén de lo concerniente a las motivaciones obvias de la conducta sexual como la obtención de placer y la reproducción (Peplau y Hammen, 1977).

No obstante los cambios ocurridos, el estudio de la conducta sexual humana, exactamente igual que otras formas de conducta, solía estar plagado de estereotipos y especulaciones generalmente envueltos en prejuicios. Se asumía que el coito entre parejas de diferente sexo era la única forma aprobada de expresión sexual. Se consideraba que las modificaciones a este esquema definitivamente eran una aberración. A veces, el asunto era una simple cuestión de terminología.

La expresión 'desviaciones' sexuales, por ejemplo, generalmente era empleada por quienes veían en la conducta sexual anormal componentes patológicos. Otros preferían emplear el término 'variaciones' sexuales con lo cual el componente patológico parecía obviarse. Y la homosexualidad masculina y femenina seguía siendo vista por muchos como una enfermedad, punto de vista que todavía prevalece, a pesar de que en diciembre del 73 el término fue borrado del Manual de Diagnóstico de la Asociación Americana de Psiquiatría.

En nuestra sociedad y en muchas otras similares los hombres se inhiben de expresar sentimientos positivos de amistad hacia otros hombres. Ese tipo de conducta es denominada **homofobia** (el miedo irracional y persistente a los homosexuales o a ser considerado homosexual). En razón de ello la intimidad entre varones es voluntariamente suprimida, de modo que los padres suelen abstenerse de acariciar, abrazar o besar a sus hijos varones, los muchachos evitan abrazarse o tocarse entre sí (a menos que sea con un apretón de manos) y hay quienes juzgan como conducta 'rara' la costumbre de los peloteros de tocarse el trasero a modo de saludo o reconocimiento por sus logros en el terreno de juego, igual que se juzga como conducta poco masculina cometer la imprudencia de atreverse a bailar con otro hombre.

La homofobia se relaciona con un cierto rango de características de personalidad que son típicas en individuos altamente prejuiciados (Morin y Garfinkle, 1978): dogmatismo, autoritarismo, rigidez cognitiva, conservadurismo, intolerancia a la ambigüedad y rigidez sexual (Escalante, 1980). La homofobia parece mantener a los hombres dentro de límites tradicionalmente definidos como asociados a la masculinidad, al mismo tiempo que refuerza un cierto estigma (no muy bien aceptado ni reconocido pero cierto) hacia todo aquello que pueda ser considerado como vagamente femenino.

Pudiera pensarse que en ello subyace un cierto temor por impulsos sexuales no bien admitidos hacia otros miembros del mismo sexo. El individuo que tiene miedo de sus propios impulsos homosexuales latentes, adquiere cierta seguridad al convencer a los otros de que es una persona sexualmente 'saludable y normal'. Y al suprimir vigorosamente esos impulsos también se mantiene dentro de los límites culturalmente definidos como sexualmente 'apropiados'.

La homofobia comporta, además, una serie de estereotipos psicológicamente perturbadores que asigna al homosexual condiciones de impredecible y no digno de confianza. El estereotipo de 'peligrosidad' es uno de los más comunes (los homosexuales son violadores de niños); el homosexual como amenaza a la seguridad personal es otro (la hipersexualidad de los homosexuales los hace sexualmente agresivos). La homofobia es mucho más fuerte entre hombres que entre mujeres, y seguramente debido a la mayor incongruencia con los roles sexuales culturalmente sancionados, el rechazo suele ser especialmente notable hacia la homosexualidad masculina (Steffensmeier y Steffensmeier, 1974), particularmente en contextos sociales donde el papel masculino asume una mejor valoración que el femenino...

Homosexualidad y otras desviaciones

Freud estimó (véase Katchadurian y Lunde, 1980) que cualquier conducta sexual que no sea el coito heterosexual representa un serio defecto en el desarrollo sexual adulto. Y en sus ensayos sobre la sexualidad nos habla de un "objeto" sexual (o persona de quien emana la atracción sexual) y una "pulsión" sexual (o aquello que se desea hacer con el objeto). En una relación sexual madura y saludable el objeto sería la persona del sexo opuesto y la pulsión sería el coito. De esta manera las desviaciones del patrón normal pueden tomar dos vertientes: desviaciones en la escogencia del objeto (homosexualidad, pedofilia, incesto, zoofilia, fetichismo o necrofilia); y desviaciones en la pulsión (voyeurismo, exhibicionismo, sadismo o masoquismo).

Entre todas las conductas sexuales desviadas la más generalizada es la homosexualidad. Típicamente se la define como la sexualidad dirigida hacia personas del mismo sexo. Ya los informes Kinsey (1948, 1953) reportaban que el 37% de los varones y el 13% de las hembras en su muestra habían tenido por lo menos una interacción homosexual con orgasmo. Davis (1929) ya había reportado que más de la mitad de las mujeres estudiadas mostraban "una intensa relación emocional" con otras mujeres.

Pero ni en los estudios pioneros de Kinsey o en los posteriores de Masters y Johnson (1979) y Bell y Weinberg (1978) los hallazgos confirman la idea que popularmente se tiene acerca de los homosexuales. Cuando se consideran las afirmaciones de algunos líderes de la iglesia, los homosexuales son pecadores. Si se toman en cuenta los puntos de vista de algunos jueces, los homosexuales son criminales. Y enfrentados a la opinión de ciertos profesionales de la salud, entonces la homosexualidad es sinónimo de patología. Todo ello parece formar parte de una curiosa escuela sociológica de la desviación cuyo postulado central resulta simple: la condición homosexual es mala, avergüenza, hay que temerla y debe suprimirse...

Exactamente igual que los heterosexuales, los homosexuales ofrecen un amplio rango de variación social y conductual. Y si bien es cierto que entre los homosexuales pueden hallarse disfunciones sexuales o psicológicas y una gran variedad de problemas de naturaleza social, también es cierto que lo mismo puede hallarse en la población heterosexual normal. La creencia según la cual un homosexual es un individuo enfermo constantemente obsesionado con el sexo y notablemente pervertido, no suele ser otra cosa que un estereotipo*. Tampoco parece tener mucho sentido la idea de que el homosexual tiene apariencia y modales femeninos y que la lesbiana suele ser de apariencia y modales masculinizados. La realidad es que pocos homosexuales son 'travestistas' y la mayoría de las lesbianas resultan ser sumamente femeninas.

Es malo ser homosexual? El propio Freud negó el carácter de enfermedad neurótica a la homosexualidad. En su carta a la madre de un homosexual escribió: "La homosexualidad no representa ninguna ventaja pero tampoco es algo que avergüence; no es un vicio o una degradación; tampoco puede ser considerada una enfermedad sino mas bien como una variación en la función sexual producida por un cierto retraso en el desarrollo sexual" (Hettlinger, 1974). De acuerdo a esto, la homosexualidad es simplemente una conducta sexual inadecuada que, de ninguna manera, debe

* La historia ha reconocido como homosexuales a individuos cuyas contribuciones culturales son inmensas. Bastaría con señalar los nombres de Leonardo, Tchaikowsky, Gide, Whitman, Proust o Miguel Angel.

convertirse en una limitación para que la gente pueda ser razonablemente feliz y llevar a buen término una vida socialmente constructiva.

La cultura occidental, sin embargo, sistemáticamente ha presentado la homosexualidad como algo rotundamente pecaminoso y antinatural. Tal costumbre no parece haber surgido de la nada. Ya en la Roma cristiana se aprobaron leyes que castigaban la conducta homosexual simplemente incinerando a quienes la evidenciaran. En la Edad Media se pensó que semejante pecado podía ser solamente castigado con una muerte dolorosa. Y la Inquisición se complació torturando a quienes la practicaban para extraer confesiones. Todavía en la segunda mitad del siglo XVIII los homosexuales eran quemados en la hoguera.

Bajo la tradición judeocristiana la mayoría de los países occidentales aprobaron leyes convirtiendo la homosexualidad en un crimen que podía terminar en la cárcel o con la pena de muerte (Hettlinger, 1974). Y si se comienza con San Pablo hasta San Agustín, pasando por Pio XII y varios Consejos Vaticanos posteriores, la verdad es que la declaración sobresaliente en materia de sexo se reduce a unas cuantas "verdades oficiosas": solamente la procreación justifica el coito; el sexo por placer no es del todo permisible y es pecaminoso; el control de la natalidad, la masturbación, el sexo prematrimonial y la homosexualidad son anatemas, etc. De semejantes puntos de vista (y muy a pesar de la Reforma Protestante) no se salvaron ni Calvino ni Lutero, seguramente debido a que la discusión de la sexualidad no empezó a separarse de la moral religiosa sino hasta después de bien entrado el siglo diecinueve.

La realidad es que existe (existió y va a seguir existiendo) cierta clase de condición cultural que deforma la percepción de los actos humanos en beneficio de un patrón conductual supuestamente 'correcto', oriundo de valores generados por grupos socialmente dominantes. Es de esta condición que se deriva la tendencia a considerar que toda conducta socialmente aprobada es sinónimo de salud mental, mientras que las conductas que carecen de tal aprobación entonces son vistas como sinónimo de enfermedad mental. Lo que en realidad se busca es ensalzar el conformismo social a expensas de distintas condiciones subjetivas. Es el punto de vista repetidamente enunciado por Szasz (1960) que, sin más ni más, también parece haber logrado muy clara resonancia entre muchos psicoterapeutas (London, 1964).

A todo lo largo de la trayectoria seguida por los estudiosos más tempranos de la sexualidad se nota que resultó muy difícil para ellos escapar a su propia herencia cultural. Los intentos de consideración de la expresión sexual como una entidad física y psicológicamente inocua siempre resultaban vencidos por la otra visión que la enjuiciaba como una fuerza peligrosa y dañina, que debía ser sometida a controles frecuentes aún dentro del matrimonio.

Conductas sexuales como la masturbación (llevada a límites extremos) además de ser considerada irreverente, solía ser vista como productora de epilepsia, mal aliento, sordera, acné, convulsiones, asma, debilidad mental, locura y criminalidad. La opinión pública fue sacudida a tal extremo que hasta se diseñaron una gran variedad de mecanismos para prevenir la conducta masturbatoria. Se menciona hasta la patente de una alarma que sonaba en el cuarto de los padres cuando en la cama del niño se producían movimientos inusuales (Lopiccolo y Heiman, 1977). A fin de combatir la conducta masturbatoria también se recomendaba a los padres no dejar a los niños demasiado tiempo en el baño, no permitirle encerrarse en el dormitorio, y vigilar muy cercanamente

a los sirvientes, pues semejante "aflicción a menudo es practicada por la clase baja" (Ellis, 1899-1928).

De la misma manera fue tratado el coito demasiado frecuente, que se juzgaba responsable de producir casos desesperados de parálisis y epilepsia, aun cuando se tratara de relaciones sexuales naturales dentro del matrimonio. Las explicaciones de los primeros "especialistas" en sexoterapia mostraban una seria coincidencia con la aguda preocupación bíblica sobre las pérdidas de semen, ya que "una gota de semen equivale a 60 gotas de sangre" (MacFadden, 1900: 34). Uno puede imaginarse la clase de recomendaciones que seguramente se ofrecieron a pacientes con falta de orgasmo, incapacidad para disfrutar del sexo o baja frecuencia en el deseo sexual. Semejantes quejas, con toda seguridad, debieron servir para reafirmar los valores culturales dominantes, que veían en tales condiciones normalidad, decencia y otras cualidades virtuosas, mientras que las prácticas como la masturbación, el coito muy frecuente o los contactos sexuales oral-genitales sirvieron seguramente para afirmar el 'sano' empleo de tratamientos más bien brutales.

Parece, sin embargo, que la atracción sexual entre personas del mismo sexo es muy común. Ya Kinsey y otros (1948, 1953) señalaban que a los 45 años, aproximadamente una tercera parte de los hombres y una quinta parte de las mujeres, habían tenido por lo menos una experiencia homosexual. Y que el número de homosexuales "legítimos" o exclusivos después de los 15 años varía entre 3 y 5 por ciento para los varones y entre 1 y 2 por ciento para las hembras (Hunt, 1974). Debido a la estigmatización que acarrea la conducta abiertamente homosexual, todos los sospechosos de ejercerla suelen ser rechazados. Y seguramente debido al mayor valor culturalmente otorgado al carácter "masculino", el rechazo suele mayor para los varones que para las hembras. Es muy probable que de ese rechazo se deriven los problemas emocionales que suelen acompañar a los individuos con una orientación homosexual más o menos definida...

El lesbianismo, igual que la homosexualidad masculina, puede ser considerado una forma de conducta sexual, o una preferencia emocional o simplemente una autodefinición femenina. Como conducta sexual el lesbianismo incluye estimulación manual de los genitales, contactos orogenitales, masturbación mutua empleando los dedos para manipular el clítoris, frotamiento de los genitales contra los muslos y otras partes del cuerpo de la compañera, empleo de vibradores en los genitales internos o externos, estimulación anal e inserción de penes artificiales en la vagina.

Tratar de establecer porqué una mujer se hace lesbiana no es tarea fácil. En realidad no abundan las explicaciones convincentes. Hay explicaciones psicoanalíticas y hormonales junto a otras que se centran en la experiencia y los modelos de aprendizaje infantil. Pero la verdad es que no hay datos que puedan concluyentemente ofrecer apoyo serio a cualquiera de tales explicaciones. Parece que uno de los determinantes primarios en este tipo de conducta sexual es el tipo de experiencias sexuales iniciales. Una experiencia sexual muy buena con una mujer o una muy mala con un hombre puede resultar en lesbianismo (Rosen, 1974).

Sea cual fuere la explicación válida, la derivación sustantiva es que la condición lesbiana en sí misma no es un problema. Lo verdaderamente problemático para la mujer es la cabal integración de su identidad sexual dentro del funcionamiento cultural y social prevaleciente. El auto reconocimiento de sí misma como dueña de una identidad 'desviada' no resulta tarea fácil puesto que existe gran discrepancia entre el ser real, auto percibido como muy saliente, y su representación para

los otros. Mientras mayor sea la discrepancia mucho más alta será la probabilidad de generar estrés y ansiedad. Es evidente que para la lesbiana, exactamente igual que para los homosexuales, sus relaciones más apreciadas no logran plena validación social y muy frecuentemente son ignoradas o rechazadas por la familia.

El comportamiento de la lesbiana frente a su relación suele depender en gran medida de si el valor relativo mayor es otorgado al apego o a la autonomía. Las mujeres que enfatizan el apego suelen pasar más tiempo con la compañera, reportan mayor intimidad y satisfacción y piensan en una relación más duradera. Cuando lo que se enfatiza es la autonomía, pasan menos tiempo con la compañera, colocan en primer lugar las necesidades profesionales, mantienen una relación sexual abierta y expresan preocupación si la compañera es dependiente. Sea cual fuere el tipo de valoración mantenida, la mayoría de las lesbianas suelen reportar altos niveles de satisfacción tanto en la relación como en la actividad sexual, con predicciones más positivas acerca de los resultados.

La mujer típicamente lesbiana es muy activa sexualmente y evidencia satisfacción en sus relaciones. La gran mayoría encuentra el sexo extremadamente satisfactorio, cerca de un 70 % logra el orgasmo con la compañera y un 80 % revela no haber tenido jamás sentimientos de culpa. La mayoría reportan fantasías sexuales, disfrutan los juegos eróticos e incluyen la masturbación en su conducta sexual. También reportan sentimientos positivos hacia la apariencia de sus genitales y una actitud muy positiva hacia su cuerpo y hacia su sexualidad en general. Dos tercios disfrutan del sexo oral y logran el orgasmo de este modo (Mannion, 1981).

En una sociedad en la cual históricamente la homosexualidad ha sido percibida como patológica e inmoral, uno de los grandes problemas que confrontan los homosexuales es asumir que pueden desarrollar una vida socialmente creativa y útil. La mayoría de las veces las personas sexualmente "normales" reaccionan manteniendo una gran distancia social cuando sienten que están interactuando con una persona cuya sexualidad no puede definirse siguiendo los cánones convencionales. De hecho la conducta homosexual ha sido 'diagnosticada' en muchos casos, pero especialmente cuando se trata de ofrecer empleo o por razones administrativas tendientes a la colocación de individuos en prisiones, instituciones para enfermos mentales o escuelas para retardados mentales. Y recientemente se ha estado discutiendo también la conveniencia de negar el acceso a los homosexuales en las distintas ramas del ejército.

Se trata de una actitud negativa hacia el carácter homosexual que altera profundamente los procesos de interacción social y devalúa a la persona que es así percibida. Aparentemente, también hay la tendencia en el individuo homosexual a ocultar su orientación sexual, evitando así el castigo social que supone ser reconocido por su desviación. La gran mayoría de los homosexuales viven una doble vida sumamente incómoda tratando de obviar las consecuencias sociales de su condición, y esforzándose en actuar conforme a las expectativas del modelo masculino por miedo a ser etiquetados como diferentes (Karr, 1978).

¿Cómo se explica la homosexualidad?. Han sido al menos cuatro los enfoques empleados para tratar de explicar la conducta homosexual. El modelo psicoanalítico suele concentrar sus esfuerzos explicativos en los antecedentes parentales, los estilos de crianza o la constelación familiar (Kenyon, 1968). La teoría del aprendizaje asume la explicación o bien sobre la base de una expectativa de refuerzo negativo de parte del sexo opuesto (Clark y Epstein, 1972), como una fobia o aversión hacia

personas del otro sexo, o como el resultado de experiencias como la exposición a la pornografía durante la adolescencia (Goldstein y otros, 1971). En ningún caso tales estudios lograron evidencia que apoyara sus hipótesis. El modelo bioquímico sugiere que diferencias hormonales y otras diferencias fisiológicas son las que explican el desarrollo de una orientación homosexual (Evans, 1972). Estudios de este tipo a menudo ofrecen resultados poco convincentes y contradictorios. Finalmente, el enfoque etológico nos informa sobre observaciones acerca de cómo la homosexualidad suele desarrollarse de modo natural entre primates (Chevalier-Skolnikoff, 1974).

Como derivación de los tres primeros modelos señalados se han producido algunas indicaciones que sugieren tratamientos para cambiar la orientación homosexual o para practicar intervenciones familiares tempranas que inhiban su desarrollo. Algunas preguntas surgen como resultado de tales esfuerzos y también como efecto del cambio de actitud que ciertamente ha ocurrido frente a la condición homosexual: si se admite que la homosexualidad no implica patología ¿por qué entonces diagnosticarla?. Y si se admite que debe ser diagnosticada ¿cuál es el uso que se dará al diagnóstico?. Por lo demás y del mismo modo que se hacen esfuerzos para cambiar la orientación homosexual ¿por qué no esforzarse también en producir alguna clase de intervención temprana para cambiar las actitudes y/o creencias antihomosexuales?.

Estereotipos femeninos

La idea de que las mujeres son seres inferiores es una idea muy vieja. Ya los griegos insistían en la subvaloración del sexo femenino, y el origen de tal esquema parece hallarse en Hesíodo, quien mantiene una concepción pragmática de la mujer como madre y cuidadora de los hijos. De hecho, Hesíodo aconsejaba a los jóvenes conseguirse una casa, un buey y una mujer, pero una mujer esclava para que trabaje... Las enseñanzas de Hesíodo fueron puestas en práctica durante la llamada Edad de Oro ateniense. Las mujeres fueron excluidas de la vida política, intelectual y social, quedaron sin estatus legal y puestas bajo la custodia de su familiar masculino más cercano. El anonimato era su mejor condición. Su esfera de acción era el hogar, lo cual limitaba severamente su horizonte. Normalmente se casaba muy joven y con un hombre que le doblaba la edad, pues el ateniense corriente detestaba el matrimonio, de modo que solía tomarlo sin demasiada prisa.

En la antigua Roma las mujeres recibieron una dosis de respeto mayor que en Grecia, pues lograron -en tiempos imperiales- un grado de independencia jamás alcanzado hasta la fecha, incluyendo acceso a la propiedad, la educación y el divorcio. Todo anduvo más o menos bien hasta que Juvenal empezó a criticar a la "nueva" mujer romana por demasiado intelectual, demasiado política, demasiado literaria y... demasiado promiscua. Su talentosa satirización alcanzó tal relevancia que a lo largo de la historia se ha tratado de ver a la mujer romana a través de sus escritos, creando tal distorsión que hasta se ha alimentado la creencia de que la emancipación de la mujer es responsable por la ruptura de la familia, su enorme declinación moral... y la caída del imperio. Probablemente desde entonces se mantiene la creencia de que emancipación femenina es sinónimo de decadencia.

En la historia de la creación de los hebreos también aparece destacada la noción de la inferioridad femenina. Según el Libro del Génesis, la mujer es una suerte de pensamiento "secundario" de Dios, creada de la costilla de Adán como una especie de accesorio subordinado al hombre. Dentro de la sociedad patriarcal judía la mujer carecía de papel relevante en materia religiosa, no participaba del ritual y tampoco tenía reconocimiento de la comunidad religiosa. Otras

prácticas sociales descritas en la Biblia poseen una orientación definidamente masculina, según las cuales la mujer era vista como una posesión, primero de su padre y luego de su esposo. La mujer podía ser propietaria únicamente en ausencia de un heredero varón (Patai, 1959). El matrimonio era un estado claramente transmisible, pues se requería de la viuda casarse con el familiar masculino más próximo de su difunto esposo.

A primera vista, las enseñanzas del cristianismo resultan ser un poco diferentes. Jesús parece tener de la mujer una opinión bastante distinguida y en muchos pasajes de la Biblia se muestra tratándola como amiga y compañera. Su iglesia era una iglesia de iguales, con propósitos iguales y esperanzas comunes. Aparentemente había una comunidad espiritual que trascendía los sexos. Pero San Pablo, al mismo tiempo que proclamaba la igualdad espiritual, también proveyó los textos que después fueron empleados por generaciones de predicadores misóginos para destacar la inferioridad femenina y para excluir a la mujer de un papel razonablemente importante dentro de la iglesia. En Corintios 11:8-9 puede leerse: "No fue el hombre hecho de la mujer sino la mujer del hombre. Tampoco el hombre fue creado para la mujer sino la mujer para el hombre".

Durante el primer siglo del imperio romano el gnosticismo corrientemente interpretaba al universo como una lucha entre el bien y el mal, dentro de la cual Dios era sinónimo de lo espiritual y el diablo lo era de lo material. La consecuencia fue un rígido ascetismo que impulsaba a vencer a la materia mediante un rechazo del cuerpo y de sus apetitos. San Pablo intentaba oponerse a tal noción enseñando que el mundo material era un regalo de Dios y, por lo tanto, bueno. Según esta concepción, el sexo dentro del matrimonio carecía de toda connotación pecaminosa, y el pecado era más bien visto como el hacer daño a los demás y evitar la observancia de las leyes de Dios. Pero esas no fueron las ideas prevalecientes, y muy a pesar de los intentos de San Pablo, las nuevas doctrinas igualaron sexo con transgresión sexual, de modo que la moralidad se hizo sinónimo de pureza sexual.

De esta manera, las nociones de pecado y sexo también fueron igualadas y la mujer se convirtió en la nueva Eva, o especie de ser tentador que inducía a los hombres a la perdición... La idea de la mujer como ser diabólico aparece bien reforzada entre los primeros padres de la iglesia, y la imagen que surge de sus escritos es la de un ser cuya intrínseca debilidad moral solamente supone inferioridad (Campbell, 1960).

El otro estereotipo femenino tiene que ver con la imagen de la mujer como objeto de amor, que ha coexistido con las otras imágenes a lo largo del tiempo, y que puede observarse en las notables expresiones de erotismo poético elaboradas por romanos y judíos. En las descripciones que hace Salomón de la mujer como hermosa y deseable, hay buenas pruebas de que la atracción apasionada entre los sexos se aceptaba muy bien en la sociedad judía.

La poética romana, aunque admite la deseabilidad de la mujer, parece sugerir que amarla conduce al sufrimiento y la miseria, ambivalencia que parece haber continuado hasta nuestros días... Los griegos atenienses no produjeron mucha literatura sobre el amor y la pasión entre los sexos, seguramente debido a la desmejorada opinión que se tenía sobre la mujer en la sociedad, y habida cuenta de la tradición homosexual ateniense, que, evidentemente, no parece haber favorecido mucho tal tarea.

Para reafirmar la masculinidad

Es obvio que las sociedades en general hacen grandes esfuerzos para fundar procesos de socialización secundarios que definitivamente tienden a la validación de la masculinidad, y que suelen concretarse en esquemas de entrenamiento dirigidos a la formación de imágenes humanas particularmente sensibles a la noción de hombría. La operacionalización colectiva suele lograrse al implementar esquemas disciplinarios sumamente rígidos fundados en valores como el trabajo, el honor y la patria. Y el entrenamiento asume regulaciones que, en el caso de la socialización militar, van desde afeitarle la cabeza al recluta hasta obligarlo a tener el cabello corto, cuestiones que sirven a una doble función: por un lado, se le quiere someter al esquema disciplinario y, por el otro, se eliminan en él las "superficialidades" asociables a estilos de conducta solamente asignables a las hembras. Es de este modo que las definiciones y expectativas institucionales se convierten en las definiciones y expectativas de los individuos.

En la subcultura militar el tema sexual resulta muy relevante. La imagen de la mujer se convierte en objeto para la explotación sexual pero sirve también para "educar" a los hombres en el riesgo de las enfermedades venéreas, transmitidas por ellas, además de que se emplea para ponerlos en guardia sobre el peligro de ser 'atrapado' dentro del matrimonio. Se acostumbra designar piezas diferentes del equipo con nombres femeninos, con lo cual solamente quedan confirmados los valores masculinos de poder y dominación. Barcos, aviones y tanques tienen nombres de mujer y simbolizan objetos sexuales o diosas. A las armas (bombas o rifles) se alude como "ellas", con lo cual se sanciona el hábito masculino de usar hembras para lograr sus fines (Arkin y Dobrofsky, 1978). Todo ello en realidad forma parte de una gran necesidad de afirmar la identidad genérica en el macho.

El recluta suele ser condicionado para que establezca nuevas relaciones particulares con su familia, especialmente en la etapa inicial de los entrenamientos. De hecho se produce una casi total separación, excepto en casos de emergencia (muertes, nacimientos o bodas en la familia) con lo cual se logran niveles mínimos de dependencia, garantizados por una comunicación más bien escasa. La idea de los militares es que la solicitud de asistencia o ayuda de la familia revela en el recluta actitudes de 'niña mimada' que sigue dependiendo del cordón umbilical, y eso no conviene a individuos que tienen a su cargo la realización de tareas eminentemente masculinas.

El recluta ideal debe entender que todo ello se hace en beneficio de sí mismo... y para bien de la patria. Y que los sacrificios que se hacen, no importa cuáles sean, van en dirección de lo mismo. El énfasis es entonces puesto en la construcción de una especie de arquetipo cuyo objetivo mejor es la fidelidad y la lealtad al grupo de compañeros. La dependencia de la familia se anula en provecho de una mayor dependencia de los militares, subrayada por esquemas nodales de comportamiento que destacan la competencia y la agresividad, absolutamente necesarios en la autodefinition que se proyecta del macho en quien se puede confiar, y que supone la negación de atributos aprendidos en el seno de la familia como el calor humano, la simpatía, la intimidad y la ternura, que se consideran definitivamente "feminoides".

En lugar de insistir en alguna clase de entrenamiento de tipo ocupacional que facilite luego al recluta su reingreso a la sociedad civil, lo que se postula es el control del carácter y las emociones como regla básica. Por supuesto que el real ejercicio de ese entrenamiento depende de los rangos. Pero en todo caso ocurre el aspaventoso deseo de querer mostrarse como más masculino que el resto

de los hombres, lo cual, además de que revela homofobia, también sugiere una definición demasiado grotesca del guerrero modelo, supuestamente bien calificado para ocupar su puesto en el combate.

Lo que hay detrás del entrenamiento en realidad es control psicológico que induce esquemas conductuales de alta pasividad o que enseña a conducirse de ciertos modos preestablecidos, y que incluyen aprender a soportar la violencia, aun cuando la misma vaya contra sí mismo. Ese control psicológico supone, por lo menos, tres diferentes procesos: incapacidad para desobedecer órdenes o enjuiciarlas; resignación ante la rutina (promovida por el diario condicionamiento en la ejecución de actividades repetitivas, muchas de ellas carentes de sentido); y deshumanización (representada por el esfuerzo permanente para degradar al individuo y construirle una autoimagen no del todo coincidente con la propia). En la mayoría de los casos todo lo anterior supone aplicación de violencia física que, por supuesto, no puede ser obviada porque forma parte del "programa" (Eisenhart, 1975).

Otro de los procesos de socialización secundaria muy utilizado para validar la masculinidad tiene que ver con los grupos de Boy Scouts, popularizados en los Estados Unidos desde 1910. En ese país, a la vuelta del siglo, se evidenció una preocupación muy especial por la perpetuación de la masculinidad. La verdad es que tal preocupación ha sido permanente, pero en aquel entonces se escogió la promoción de los grupos de Scouts porque se pensó que ofrecían un ambiente adecuado para el cabal desarrollo de la hombría entre los adolescentes.

Los razonamientos básicos todavía están muy activos en el esquema de organización de tales grupos, revelando, en primer lugar, que la masculinidad sigue siendo considerada un constructo cultural y, en segundo, que solamente ofreciendo la oportunidad adecuada, los niños podrán aprender a conducirse como machos. Un razonamiento fundamental en el origen de esos grupos era que la ansiedad aparece cuando el individuo desea conducirse conforme a la dirección genérica correspondiente, pero carece de las oportunidades para ponerse a prueba... (Hantover, 1978).

El scoutismo -y muchas otras cosas- comenzaron al iniciarse el siglo XX, paralelamente a la ocurrencia de ciertos cambios que aceleraron la preocupación por la sobrevivencia de los estereotipos sexuales. Entre 1870 y la primera gran guerra se produjeron alteraciones muy agudas en la naturaleza de las ocupaciones. El número de trabajadores asalariados, técnicos, empleados gubernamentales, profesionales, etc. pasó de 756.000 a 5.6 millones. El ideal masculino tradicional (fuerte, emprendedor, competitivo, independiente y creativo) estaba siendo reemplazado por un ideal distinto que suponía altos niveles de sedentarismo y dependencia (Mills, 1951).

Durante las primeras décadas del siglo la preocupación aumentó cuando se produjo un importante incremento de elementos femeninos en la fuerza laboral. Entre 1870 y 1920 el porcentaje de mujeres de más de 16 años que se desempeñaban en ocupaciones no agrícolas saltó desde 12 a 21 por ciento (Census Monograph No 9. U.S. Bureau of the Census. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1929). Como si esto fuera poco, en las revistas y periódicos empezaron a aparecer mujeres portando vestimentas hombrunas, fumando y actuando en terrenos considerados varoniles, mientras que los hombres aparecían lavando platos, limpiando pisos o alimentando bebés. Para 1870 las mujeres apenas eran el 3 % de la fuerza laboral en oficinas; pero en 1910 ya eran el 35 %. Entre 1910 y 1920 hubo incrementos dramáticos en la proporción de mujeres blancas nativas (de nativa ascendencia) que pasaron a desempeñar ocupaciones específicas: las mujeres oficinistas

aumentaron 318%; las contabilistas, contadoras y cajeras aumentaron 257%; las estenógrafas y mecanógrafas, 121% (Hill, 1929).

La advertencia parecía ser muy seria. No sólo estaba siendo amenazado el salario sino también la identidad y la definición sexual. Ante la desusada feminización ocurrida en las ocupaciones y su probable generalización a nivel macrosocial, nada rara resultaba la preocupación por la sobrevivencia del estereotipo. Menos raro nos parece que muchos hombres trataran de hallar salidas extra laborales para reafirmarlo, convirtiéndose, por ejemplo, en guías de niños exploradores, con lo cual estaban asegurando una adecuada "socialización" secundaria de las generaciones emergentes y planteando correcciones a largo plazo que garantizarían la sobre vivencia de la virilidad y la hombría.

Era necesario que después de la escuela y durante la inactividad menguante del verano, los niños tuvieran algo que hacer para evitar caer en esa estupefaciente pereza debilitadora y desmoralizante. Y de paso se evitaba que jovencitos robustos, varoniles y confiables se convirtieran en seres "debiluchos, de tórax plano, que fuman cigarrillos y poseen una vitalidad dudosa" (Seton, 1910). El movimiento scout se diseñó para procurar a los jóvenes un medio que permitiera plena validación de las virtudes masculinas al mismo tiempo que ofrecía a los adultos la oportunidad para reforzar su identidad, pues el guía scout era esencialmente un varón patriota (generalmente blanco nativo, protestante, menor de 30 años, con educación universitaria y con una ocupación profesional o semiprofesional de cuello blanco) que sacrificadamente ponía el servicio de la juventud su carácter moral y su sentido común, que engendraba respeto, tomaba decisiones sobre una gran gama de problemas y con gran habilidad ejecutiva encaminaba y convertía a los jóvenes en verdaderos hombres (Hantover, 1978).

Claro que la desinteresada intervención no estaba dirigida a todos los jóvenes, pues la preocupación fundamental se centraba en evitar que los muchachos de la clase media y alta fueran víctimas de las fuerzas feminoides de la sociedad. Siguiendo los dictados de la psicología genética de Hall, los niños eran sexualmente segregados y puestos bajo el liderazgo de un macho adulto que conduciría un esfuerzo organizado para "convertir a los niñitos en hombres y ayudar en el desarrollo de esa creación maestra, de elevados principios y pensamiento limpio y claro llamada masculinidad" (Burgess, 1914: 12).

Las conclusiones? Pueden ser muchas. Pero las más importantes tal vez sean las siguientes:

- a. Los roles sexuales son roles básicos, perfectamente capaces de modificar las expectativas relacionadas básicamente con todos los demás roles;
- b. Cada sociedad arbitrariamente decide cuáles son las características de personalidad, intereses y conductas pertenecientes al dominio exclusivo de un sexo o de otro;
- c. Lo anterior necesariamente conduce a un parcelamiento de características que son simplemente humanas, pero que se convierten en 'femeninas' y 'masculinas';
- d. Dependiendo de las expectativas culturales tejidas en torno a cada uno de los sexos (inculcadas por la familia, la escuela, la iglesia y la sociedad en general) cada sexo aprende

modelos de comportamiento que tendrán implicaciones en la definición conductual del sexo opuesto;

e. Por lo general, tales expectativas asignan al sexo masculino un mayor status y ello genera acceso casi directo a otras recompensas y status de alta significación social;

f. Todo ello conduce a que el macho tenga cierto poder sobre la hembra, primero, porque tener poder forma parte de la definición tradicional del sexo masculino y, segundo, porque esta socialización dual conduce a la hembra a tratar de asimilarse en la cultura masculina para poder realizarse más o menos en buenas condiciones...

Bibliografía

- Arkin, W. y Dobrofsky, L. R. (1978). Military socialization and masculinity. *The Journal of Social Issues*, 34 (1): 151-168.
- Bell, A. P. y Weinberg, M. S. (1978). *Homosexualities*. New York: Simon y Schuster.
- Burgess, T. W. (1914). Making men of them. *Good Housekeeping Magazine*, 59: 3-12.
- Campbell, G. J. (1960). St. Jerome's attitude toward marriage and women. *American Ecclesiastical Review*, 143: 310-320.
- Chevalier-Skolnikoff, S. (1974). Male-female, female-female, and male-male sexual behavior in the stump-tail monkey. *Arch. of Sexual Behavior*, 3: 95-116.
- Clark, T. y Epstein, R. (1972). Self-concept and expectancy for social reinforcement in non-institutionalized male homosexuals. *J. of Cons. and Clin. Psych.*, 38:174-180.
- Daly, M. (1968). *The church and the second sex*. New York: Harper and Row.
- Davis, K. (1929). *Factors in the sex life of 2.200 women*. New York: Harper.
- Eisenhart, R. W. (1975). You can't hack it little girl: A discussion of the covert psychological agenda of modern combat training. *Journal of Social Issues*, 31 (4): 13-23.
- Ellis, H. (1899-1928). *Studies in the psychology of sex (7 vols)*. Philadelphia: F. A. Davis.
- Escalante, G. (1980). La escala F en muestras venezolanas. Mérida, Venezuela: Laboratorio de Psicología, N° 13.
- Evans, R. B. (1972). Physical and biochemical characteristics of homosexual men. *Journal of Cons. and Clinical Psych.*, 39: 140-147.
- Goldstein, M. y otros (1971). Experience with pornography: rapist, pedophiles, homosexuals, transsexuals, and controls. *Archives of Sexual Behavior*, 1: 1-15.
- Hantover, J. P. (1978). The Boy Scouts and the validation of masculinity. *J. of Social Issues*, 34 (1): 184-195.
- Hettlinger, R. F. (1974). *Human sexuality: A psychosocial perspective*. Belmont, California: Wadsworth Publishing Co.
- Hill, J. A. (1929). *Women in gainful occupations 1870 to 1920*. Census monograph N° 9. U. S. Bureau of the Census. Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office.
- Hunt, M. (1974). *Sexual behavior in the 1970's*. Chicago: Playboy Press.
- Karr, R. G. (1978). Homosexual labeling and the male role. *Journal of Social Issues*, 34 (3): 73-83
- Katchadurian, H. A. y Lunde, D.T. (1980). *Fundamentals of human sexuality*. New York: Holt.
- Kenyon, F. E. (1968). Studies in female homosexuality IV. Social and psychiatric aspects. *British J. of Psychiatry*. 114:1337-1350.
- Kinsey, A. C., Pomeroy, W. B. y C. E. Martin (1948). *Sexual behavior in the human male*. Philadelphia: Saunders.
- Kinsey, A. C., Pomeroy, W. B., C. E. Martin y P. H. Gebhard (1953). *Sexual behavior in the human female*. Philadelphia: Saunders.
- Krafft-Ebing, R. von (1886). *Psychopathia sexualis*. Brooklin, N.Y.: Physicians and Surgeons Books.
- London, P. (1964). *The modes and morals of psychotherapy*. New York: Holt.
- LoPiccolo, J. y Julia Heiman (1977). Cultural values and the therapeutic definition of sexual function and dysfunction. *Journal of S. Issues*, 33 (2): 166-183.
- MacFadden, B. (1900). *The virile powers of superb manhood*. New York: Physical Culture Publ. Co.
- Mannon, K. (1981). Psychology and the lesbian. A critical review of the research. En Cox, S. *Female Psychology*, New York: St. Martin Press.
- Masters, W. H. y V. E. Johnson (1979). *Homosexuality in perspective*. Boston: Little, Brown.
- Mills, C. W. (1951). *White collar*. New York: Oxford University Press.

- Morin, S. F. y Garfinkle, E. M. (1978). Male Homofobia. *The Journal of Social Issues*, 34 (1): 29-47.
- Patai, R. (1959). *Sex and the family in the Bible and in the Middle East*. New York: Doubleday.
- Peplau, L. A. y C. L. Hammen (Ed) (1977). Social psychological issues in sexual behavior: An overview. *The Journal of Social Issues*, 33 (2): 1-6.
- Reiss, Ira L. (Ed.) (1966). *The sexual renaissance in America*. *The Journal of Social Issues*, XXII (2):1-5
- Rosen, D. H. (1974). *Lesbianism: A study of female homosexuality*. Springfield, Ill: C.C. Thomas.
- Seton, E. T. (1910). *Boy Scouts of America: a handbook of woodcraft, scouting, and life craft*. New York: Doubleday.
- Steffensmeier, D. y Steffensmeier, R. (1974). Sex differences in reactions to homosexuals: Research continuities and further developments. *The J. of Sex Research*, 10: 52-67.
- Szasz, T. (1960). The myth of mental illness. *Am. Psychologist*, 15: 113-118.